

La mirada insertada de la Asturias rural

Hugo Rodríguez Braga

UO259468@uniovi.es

Resumen

En abril de 2023 llevé a cabo una entrevista a mi abuelo, Celestino Braga Fanjul, acerca de su infancia y de la vida diaria en la aldea en Asturias, España, tratando de capturar un esbozo de su mundo durante su juventud. Si bien el punto de partida fue una investigación acerca de la convivencia vecinal en la comunidad tradicional asturiana y la interacción entre los habitantes de los pueblos con el monte colindante, se trataron además temas como el ocio infantil, las técnicas, herramientas y vocabulario en torno a la siembra de cultivos, o la paulatina introducción de tecnología en la sociedad rural. La importancia de ser testigos de estas vivencias es un ejercicio de razón histórico-narrativa que nos permite dar cuenta del cambio social, ecológico, cultural, económico... que se dio en Asturias en el siglo XX, análogo al que tuvo lugar en tantas partes del mundo. Perder los testimonios que dan cuenta del desplazamiento de estos medios de vida nos impide reconocer el cambio que tuvo lugar y, por ende, resiente nuestra capacidad de imaginar presentes alternativos.

Rural Asturias' gaze. In April 2023 I conducted an interview with my grandfather, Celestino Braga Fanjul, about his childhood and everyday life in rural Asturias, Spain, trying to capture a sketch of the world he inhabited in his youth. While the starting point was an investigation into social relations in the traditional Asturian community and the interaction between villagers and their surrounding environment, topics such as children's leisure time, the techniques, tools and vocabulary surrounding the sowing of crops, or the gradual introduction of technology into rural society were also addressed. The importance of accounting for these experiences is an exercise in historical-narrative reason that allows us to understand the social, ecological, cultural and economic changes that took place in Asturias in the 20th century, similar to that which took place in so many other parts of the world. Losing the testimonies around the disappearance of these livelihoods prevents us from recognising the change that took place and, therefore, undermines our ability to imagine alternative presents.

Introducción

Celestino Braga nació en 1936 (87 años) habiendo empezado ya la Guerra Civil. Fue el hermano pequeño de una familia de seis, tres hermanos, una hermana y sus dos padres, en La Parte, aldea vecina a Pola de Siero, en Asturias, España. Habiendo trabajado en la fabricación de las plantas químicas de la Felguera, en fundiciones, en la construcción de buques, en especial en su apartado eléctrico, en el astillero de Gijón, y finalmente en la escuela de Peritos Industriales como profesor de Dibujo Industrial y Oficina Técnica, donde permanecería como profesor Titular y como Subdirector y Jefe de estudios, resulta evidente que es una persona que ha vivido personalmente muchos de los cambios sociales y tecnológicos del siglo XX.

Así, desde el punto de vista epistémico, goza de una perspectiva privilegiada, ya que conoció vivencialmente un amplio rango de realidades sociales representativas de los modos de vida de la España franquista. Habiéndose criado en la Asturias rural de la posguerra, conoció un mundo prácticamente desindustrializado, falto o completamente carente de toda clase de servicios, sistemas y herramientas que hoy consideramos no ya comunes, sino básicos para una vida digna. A lo largo de su vida presenció en primera persona la llegada y popularización de distintos avances científicos y cambios sociales que alteraron la forma en que las personas entendían e interactuaban con el mundo a su alrededor. Es por esto que su testimonio es clave en el ejercicio de una razón narrativo-histórica que permita abrir desde el presente distintas líneas de acción que sean sensibles al pasado real reciente.

Cambio social en la Asturias del siglo XX

El cambio de paradigma social que tuvo lugar a lo largo del siglo XX en el contexto español en general, y en el asturiano en particular, fue tremendamente acelerado. La introducción de diversos agentes como son los contenidos reglados de la escuela franquista o los medios de comunicación popularizados gracias a avances tecnológicos, como la radio o la televisión, así como cambios en los medios de producción y subsistencia, dieron lugar a un progresivo movimiento del foco de interés cultural desde la aldea y las zonas rurales al exterior. A este respecto, Adolfo García dice que «el cambio que se inicia a partir de la segunda mitad del siglo XX nace de la transformación del círculo perfecto, de manera que la *enculturación encultura*

aculturando (cambio cultural): los medios son la escritura, la imagen; los agentes son la escuela, los medios de comunicación, el emigrante, el turista; y el contenido, saberes que vienen del exterior» (García Martínez, 2022, p. 134).

La aparición de fuentes externas de influencia cultural gracias a aparatos como la radio empieza a traer influencias externas a entornos sociales que se han mantenido estables durante siglos. Por ejemplo, la experiencia de la música instrumental, ubicua en el mundo actual, era antiguamente algo reservado a ciertos momentos de la vida, como fiestas y celebraciones. El canto, en ese sentido, era una de las pocas experiencias musicales diarias que acontecían en la aldea.

Lo que me gustaba a mí los domingos, la mañana, eran los cantos. Cuando no había radio todavía, pero la gente cantaba. Les mozes, sobre todo, del pueblo, que había unes cuantes. A lo mejor había diez o doce mozes, chicas, de 18 a 25 años, sin casarse todavía, porque las casadas ya no cantaban. Pero les solteres sí, cantaban.

Y oías a Maruja cantar y a Purina, la hermana [...] y cantaban todes. Y entonces en verano, sobre todo, que las ventanas estaban abiertas, se las oía y me despertaba oyéndoles cantar.

[...] Y entonces estaban haciendo la limpieza de la casa, ventanes abiertos y cantaban. Era como si hoy oyese la radio, o la tele, que no la había... ¡pues era un espectáculo! Y ese recuerdo lo tengo yo como algo muy placentero y agradable. Cómo cantaban les mozes del pueblo (C. Braga Fanjul, entrevista personal, 10 de abril de 2023)

Aparte de mostrar la unicidad de un momento musical en la Asturias rural de los años 40, este extracto revela también la diferencia de actitud entre las mozas casaderas y las mozas casadas: «las casadas ya no cantaban».

Los rituales tradicionales de cortejo en la aldea asturiana implicaban que las mujeres jóvenes que se encontraban solteras se exhibiesen de ciertas formas que dejaran claro su estatus de casadera: «Las mozas casaderas solían pasear juntas los días festivos luciendo sus mejores ropas. Era un modo de hacerse ver y de manifestar que ya podían tener novio» (García Martínez, 2022, p 136). Sin embargo, una vez el matrimonio se llevaba a cabo, estas mujeres inmediatamente dejaban atrás el rol de moza y adoptaban el de mujer: aquellas que «echaban novio» se distanciaban de los roles y actividades asociadas a las mozas casaderas, dejando atrás su grupo de amigas e iniciando un largo y riguroso rito de paso hacia la mujer casada (García Martínez, 2022).

¿Sabes cómo se cortejaba cuando mi madre era joven? Venían a las casas donde había chicas casaderas. Se enteraban «hay una moza ahí» y venían a la puerta y entraban a casa, si les dejaban. Y empezaban a hablar con los padres y con la moza. [...] Se presentaban, soy de tal sitio, tengo esto, y tal, y tal. Y andaban así, pero a varias. No era a una solo, sino a varias: escogiendo. Y a ellas escogiendo también. [...]

Hablamos de machismo y feminismo. No sé cuánto tiempo cortejaron [mis padres], no sería mucho. Que él venía y llamaba a la puerta por la noche y quedaban ahí en el portal hablando. O los padres marchaban para la cama, entonces quedaban en la cocina. [...]

Bueno, se casaron, debía ser en el año del 22, 1922. Y mi madre contaba siempre «yo, tonta de mí al domingo siguiente de casarnos», porque ni viaje de novios ni nada, eso no existía. «Arréglo me y vístome pa salir con él. Cuando estoy vestida, me diz: “¿ónde vas?”. “Voy contigo”. “No. Yo voy al chigre, y al chigre no puedes ir tú”. Bueno, casi muero de disgusto».

Esto (estoy hablándote 50 años después), seguía echándoy-lo en cara y con razón además. Mi padre decía, «bueno, ¿qué iba a hacer? Yo iba al chigre a tomar una pinta vino, o a ver echar una partida, no había otra cosa» (C. Braga Fanjul, entrevista personal, 10 de abril de 2023)

La radical escisión entre la vida de la moza casadera y la esposa es motivo de impacto y hasta trauma para las mujeres del mundo rural, y forma una base esencial en el análisis para dar cuenta del éxodo joven femenino hacia la ciudad: este cambio radical en los roles y las expectativas de vida, a menudo incomprendido de primeras, deja un patente resentimiento en las mujeres de aldea. Por ende, a medida que este mundo rural se abre paulatinamente a la sociedad exterior se empieza a ver el mundo no-rural como una alternativa a su estilo de vida. Si esta alternativa se considera mejor o peor, dependerá enormemente de la posición social y económica que cada individuo posee. Por supuesto, el género jugará un rol importante en este cambio:

Los padres [...] se debaten entre el sí y el no. Las madres (las nueras-madres), por el contrario, más sensibles a esos nuevos aires, se preocupan de formar a sus hijos y sobre todo a sus hijas para que abandonen el pueblo y no se casen con un campesino. Las razones de las madres son fácilmente deducibles de lo dicho: la troncalidad, la patrilocalidad, el patriarcalismo dominante, el papel de la nuera en su nueva casa...; en síntesis, la situación de la nuera la hace más sensible a todo aquello que llega de fuera [...] (García Martínez, 2022)

Con la paulatina introducción de la posibilidad de acceder a corriente eléctrica en ciertas zonas de Asturias, aparecen también los primeros dispositivos electrónicos y, con ellos, las primeras radios. Fue su profesor de colegio quien enseñó a un grupo de niños curiosos aquel dispositivo:

No había radio. No ya *tele*, ¡radio! La radio después fue una revolución muy grande. La radio, ¡bueno!, yo la primera radio que conocí fue en la escuela.

Yo no había oído hablar ni de ella. Y entonces nos subió a su piso [el maestro], ya que encima de donde estaba la escuela, en el piso de arriba, vivía él. Y entonces nos subió (seríamos 10, 12 guajes, no éramos más), y en medio de una habitación que tenía vacía, que no tenía muebles ni nada, había una banqueta y encima una caja, que era la radio.

¿Por qué estaba ahí en el medio? Porque no había enchufes. En las casas, no había enchufe. Entonces había un cable que colgaba en medio de la habitación al techo, al portalámparas (C. Braga Fanjul, entrevista personal, 10 de abril de 2023)

Tras conectarla al cable de la bombilla, sólo captaron estática.

La radio aquella tenía unos mandos aquí abajo de estos de volumen y de sintonía. Y entonces solo se oía ruido. No había ninguna emisora. Pensé que si eso era la radio tampoco tenía mucho interés (C. Braga Fanjul, entrevista personal, 10 de abril de 2023)

No sería hasta un año después que a la aldea llegaría la música como tal, de mano de su hermano mayor, quien le regalaría a su padre enfermo en cama la primera radio, fabricada a mano por un amigo suyo.

Como tampoco se sabía muy bien que era, cuando [mi hermano] la trajo, mi madre y mi padre quedaron mirándose uno para otro. «¿Pa qué ye esto?» decían. «Ya veréis, porque podéis oír». «¿Y dónde se pone esto?». «No, hay que tener un enchufe». «Pero si aquí no hay un enchufe». Entonces me acuerdo que vino un electricista y tiró un cable por fuera hasta una esquina de la cocina. Y un carpintero hizo un estante de madera con una tabla para que aguantase el peso. Porque el cacharro ocupaba y pesaba, eran válvulas de aquellas, electrónicas. Y pusieron la radio. Aquello fue un espectáculo. Venían vecinos a oír la radio (C. Braga Fanjul, entrevista personal, 10 de abril de 2023)

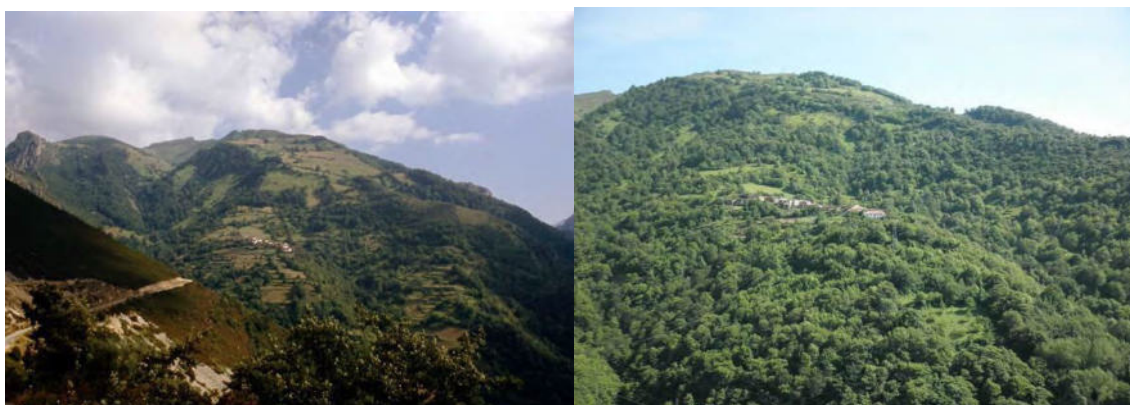
La radio se encargó a un conocido de su hermano que había aprendido a hacerlas, la instalación eléctrica era poco más que un cable que se metía en casa desde la calle, baldas se adaptaban en algún lugar de la cocina para hacerle sitio al extraño aparato, una caja de la que no había preconcepciones y de la que no se sabía qué esperar. Distintas personas del pueblo se acercaban a escuchar fascinados: esta fue la primera radio de la aldea y la primera interacción de muchos con un entorno cultural ajeno al mundo rural.

Cambio ecológico

La posición que las generaciones mayores tienen en Asturias es en cierta manera, como ya he dicho, privilegiada, al haber podido experimentar en primera persona el desarrollo social desde la posguerra aldeana hasta el presente globalizado. Y es que el modelo de sociedad rural, que permaneció inalterado y estable durante siglos, se deshace en cuestión de dos o tres décadas, produciendo grandes problemas en el tejido productivo y social de los pueblos asturianos y poniendo en jaque su capacidad de perpetuarse: «La rapidez con la que se dio el cambio, unido al envejecimiento y situación personal de los que se quedaron precipitó su crisis» (García Martínez, 2022, p. 128).

Hasta la década de los sesenta, el paisaje rural garantizaba la diversidad de especies que caracterizaban la ecología asturiana hasta entonces. El espacio natural y el antropizado no eran difíciles de distinguir, sino que eran uno sólo. Así, durante siglos «el hombre creó paisaje con las técnicas, el fuego y el lenguaje, amansando el medio natural» (García Martínez, 2022, p. 139). Sin embargo, la crisis del modelo rural asturiano de las décadas posteriores ha significado la desestabilización de este equilibrio, lo que da lugar a una preocupante situación. Por un lado, distintas especies salvajes, tanto en lo que respecta a la flora como a la fauna, están empujándose mutuamente, algunas llegando al peligro de extinción mientras otras proliferan sin control. Por otra parte, el fuego se está convirtiendo en un peligro cada vez mayor, ya que el nuevo contexto ecológico en Asturias es uno no sólo de mayores temperaturas y menores precipitaciones, sino además de «matorralización, de especies arbóreas de crecimiento rápido y retroceso del bosque autóctono» (García Martínez, 2022, p. 140).

Figura 1. El bosque y el monte salvaje le ganan terreno a las parcelas y los terrenos de pastoreo. En estas dos imágenes de Villaux (Somiedo), una de 1978 y la otra de 2018 (García Martínez, 2022) se ve el abandono del monte y la extensión del matorral y el árbol en el paisaje.



La interacción del individuo en la aldea con el entorno rural es permanente: una serie de labores requieren un gran esfuerzo de previsión y preparación, a veces con meses o años de antelación de cara a hacer frente a unas condiciones socioecológicas desfavorables. «El elevado número de miembros de la familia, la escasez de tierra y su bajo rendimiento productivo por la falta de abono y semillas de calidad y una tecnología muy rudimentaria, el peso de la tradición y la falta de iniciativas, eran algunas de las causas por las que los productos básicos eran insuficientes para alimentar al grupo doméstico» (García Martínez, 2020). En otras palabras, un suelo relativamente pobre o difícil de trabajar por su orografía, unas herramientas y tecnologías muy sencillas, una serie de cultivos que no daban frutos de calidad o cantidad comparables a sus contrapartidas en otras partes del mundo... todo esto se resolvía con un esfuerzo casi constante.

Gran parte de las labores de la aldea, en especial las que requerían mayor esfuerzo físico, se llevaban a cabo con la ayuda de animales, comúnmente vacas. Si bien era raro que una persona tuviera caballos, la mayoría de las personas en la aldea solía tener al menos dos vacas: «Necesitaban una pareja para poder tirar, por eso tenían dos [...] ¿Por qué dos vacas? Porque se las podía uncir, es decir, se las ponía [...] un *xugu* (yugo). El yugo de madera, [...] que luego se las ataba con bridas de cuero para poder unir las y luego ponerlas a un carro» (C. Braga Fanjul, entrevista personal, 10 de abril de 2023). El rol de las vacas en la familia de aldea asturiana es múltiple: por un lado, como animal de tiro, pues ofrece un medio de transporte para personas y mercancías; luego, como fuente de alimento, principalmente en forma de leche; tercero, como ser vivo daban *xatinos* (terneros) una vez al año, que se podían vender, lo cual suponía «de lo poco que entraba en casa de economía líquida» (C. Braga Fanjul, entrevista personal, 10 de abril de 2023); por último, producían estiércol, muy valioso por su función

fertilizante. La casería tradicional asturiana, la común hasta hace apenas 50 años, intentaba ser autosuficiente en la medida de lo posible, al menos en lo que a producción de alimentos respecta. Así, la producción se ceñía a lo que se quería consumir, y se consumía lo que se lograba producir. Los escasos productos que se llevaban al mercado, que eran los ocasionales excedentes (comida, crías de animales o productos de los que la familia se privaba), permitían obtener algo de dinero líquido con el que costear artículos necesarios que la casería no producía (García Martínez, 2020).

Evidentemente, tener dos animales en la cuadra no sólo produce bienes, también requiere un esfuerzo de cuidados. La contraparte de obtener leche o fuerza de tiro de estos animales es, entre otras muchas labores, la de proveerlos de un entorno limpio y seco mediante el ciclo del *estro*.

«Las hierbas estas que son medio salvajes: el brezo, el helecho, todo esto... ramas de árboles... eso se traía porque era necesario para hacer una cama: se llamaba *mullir* a las vacas o a los animales que hubiera en las cuadras» (C. Braga Fanjul, entrevista personal, 10 de abril de 2023). El *estro* es una de las explicaciones principales de por qué los montes están, hoy en día, «matorralizados»: la obtención de *estro* implicaba labores regulares de acceso al monte, a lugares inclinados con escasos árboles, para la siega de toda clase de hierbas que no servían de pación. La acción de segar o *rozar* el monte se hacía con unas guadañas especiales, «más cortas pero más fuertes» (C. Braga Fanjul, entrevista personal, 10 de abril de 2023), llamadas *rozones*, que permitían resegar cómodamente y limpiar de manera indirecta la superficie vegetal. Era un trabajo llevado a cabo normalmente por los hombres de la familia y no se entendía como una labor comunal: «Así como para la hierba era más normal ayudarse entre vecinos, para el *estro* era una labor de cada familia» (C. Braga Fanjul, entrevista personal, 10 de abril de 2023).

La dinámica era como sigue: los hombres de una familia, «uno o varios, el que tuviera fuerza y supiese» (C. Braga Fanjul, entrevista personal, 10 de abril de 2023), subían al monte para resegar y obtener el *estro*, que luego era apilado en un montón generoso. Ahí se dejaba secando un tiempo hasta que, llegado el momento, había que bajarlo hasta la aldea. Debido a las condiciones de orografía desfavorables, es decir, a la inclinación de las laderas habituales en el monte asturiano, muy a menudo el acceso con carro era desaconsejado: para empezar, llevar el carro fuera del camino no siempre

era fácil; después, la falta de frenos efectivos en el vehículo, sumada a una carga desproporcionada y a una ladera pronunciada podía llevar a que a la hora de descender se perdiese el control del vehículo y se dañaran tanto él, como las vacas, como cualquier persona involucrada en la actividad.

La solución era, pues, la tala de un árbol, un abedul joven que se tumbaba longitudinalmente en la misma dirección que la pendiente, evitando así que pudiera rodar cuesta abajo. Así, cuando el estro rozado estaba seco, listo para mullir a los animales, se cargaba sobre las ramas del abedul. Con ayuda de vacas, se tiraba del árbol cuesta abajo, usándolo a modo de trineo de manera que los animales y la pendiente, trabajando juntos, hicieran la labor de arrastre más fácil, permitiendo al mismo tiempo un gran control sobre la enorme cantidad de masa movida, que no ganaría inercia en su descenso por la ladera. Así se seguía hasta alcanzar el lugar donde se había dejado el carro, y se traspasaban las vacas y el estro al carro.

Con trébedes y cuerdas se conseguía expandir la superficie útil del carro, tanto a lo largo como a lo alto, de tal manera que el volumen de estro transportado fuera tan abundante como fuera posible. Después se llevaba de vuelta a casa, se apilaba en un montón y de ahí, cada día o dos, se iba intercambiando el estro sucio con orina y excrementos por estro limpio y seco. El estro sucio se usaría, como ya hemos dicho, de abono para los cultivos.

Así, el acto de mantener a las vacas en una condiciones favorables, secas, limpias, calientes y cómodas indirectamente implicaba mantener los montes de los alrededores de las aldeas (ubicuas en el paisaje asturiano) resegados y libres de extensiones de matojos destacables.

Sin embargo, el abandono del medio rural, con un éxodo generalizado de las generaciones de repuesto desde las aldeas a las urbes asturianas, el progreso tecnológico, y los cambios socioeconómicos que se dieron en España a finales del siglo XX y el XXI, con la introducción del país en el espacio económico europeo, causan que este modelo de vida y producción se termine de una manera abrupta.

Todas las casas tenían vacas, eso hay que tenerlo como motivo principal del por qué ahora mismo los montes no se rozan, no se siegan, no se elimina la maleza: porque no es necesario, nadie necesita estro [...].

Es una cadena. No hay vaca, no hay necesidad de estro, entonces no se siega. ¿Vas a trabajar? ¿Pa qué? ¿Pa quemálo? [...]

Porque no hay vacas, porque la Comunidad Europea cuando se entró en ella lo que hizo fue pagárselas a la gente para que se deshiciese de ellas y aquí en el pueblo, pues si hay entre 40 y 50 vecinos, que tengan vacas creo que ninguno ya (C. Braga Fanjul, entrevista personal, 10 de abril de 2023)

En otras palabras, el abandono del monte se relaciona con la pérdida de autosuficiencia en la producción de la casería asturiana: actualmente las familias ya no producen sus propios alimentos sino que cualquier producción está principalmente orientada a las empresas que compren su producto, tras lo cual el campesino compra lo que necesita de vuelta a la empresa en centros comerciales o en el mercado. «Naturalmente, este hecho tiene profundas repercusiones negativas sobre el paisaje y el patrimonio en general» (García Martínez, 2020, p. 141).

Así, el abandono de los montes está materialmente relacionado, no solamente con la ausencia de habitantes, sino con el cambio de la clase de interacciones que se dan con el entorno. El cambio en el modelo productivo y económico ha llevado a que la autosuficiencia se deje completamente de lado en pro de sistemas más eficientes y menos exigentes. Sin embargo, con ello el paisaje asturiano, su flora y su fauna, se ha desestabilizado, al haber abandonado los humanos las labores de los montes antropizados. Debido a la complejidad de los sistemas ecológicos, este abandono no sólo se traduce en un mayor número de matorrales en las laderas asturianas: la ausencia de ganado en el paisaje lleva a una ausencia de estiércol, elemento clave en el ciclo vital de muchos insectos, que a su vez suponen el sustento de distintos animales, en especial los pájaros:

Había mucho insecto. Había muchas golondrinas. Que ahora no hay ni una. [...] Ya estamos en mayo casi, y tú no ves ninguna golondrina. ¿Por qué? Porque no hay vacas. Al no haber vacas no hay *cucho* (estiércol). Si no hay cucho, no hay insectos. No hay moscas (C. Braga Fanjul, entrevista personal, 10 de abril de 2023)

La degradación de los ecosistemas, la pérdida de biodiversidad, es algo patente a los ojos de la generación de nuestros abuelos que, en el caso de aquellos que nacieron en el entorno rural, vieron un mundo prácticamente preindustrial, donde uno de los mayores ocios de los niños era coleccionar huevos de los muchísimos pájaros que había, donde los insectos estaban por todas partes, donde los sapos eran una molestia

ubicua, donde los peces abundaban en el río hasta tal punto que podías sacar dos docenas con un cubo:

[...] en el río había *pescardos*, que eran unos peces pequeños, pero había muchos, ¡muchos! Muchos, yo tengo cogidos con calderos, sí, no es broma, era... Sí, no, no, ponías un caldero así de lado, entre dos piedras, y luego los empujas hacia allí, ¡y había 20! (C. Braga Fanjul, entrevista personal, 10 de abril de 2023).

Toda esta biodiversidad y abundancia de fauna brilla hoy por su ausencia. Los abruptos cambios que han tenido lugar a lo largo del último medio siglo están trayendo enormes repercusiones, muchas de ellas muy negativas. La desestabilización de ecosistemas antropizados en los que el ser humano había participado de una forma estable durante siglos ha llevado al colapso de muchos entornos ambientales y a la defaunación masiva, así como a la pérdida de biodiversidad general.

La complejidad de las interrelaciones entre los sistemas materiales, productivos, sociales y ecológicos hace muy difícil el reconocimiento de causas base afrontables, y por tanto imposibilita el planteamiento de soluciones funcionales: el cuidado de los montes no era una labor opcional, sino que se daba como labor indirecta dentro de una serie de tareas en torno al cumplimiento de unas necesidades materiales. Al haber perdido esa necesidad, el monte se cubre de matorral, listo para arder y propagar el fuego de manera descontrolada una vez este se prende, intencionalmente o no.

Conclusiones

Todo ejercicio de análisis y de imaginación de soluciones a los problemas sociales debe darse con una perspectiva histórica. Debido al violento desarrollo cultural y socioeconómico del siglo XX, que sólo se ha acrecentado en el tendiente aceleracionismo del siglo XXI, la generación mayor asturiana puede dar cuenta no solamente de medios de vida tradicionales que ya no existen, sino de concepciones del mundo pretérito o de conflictos que ya no se dan. Lo valioso de su experiencia, por ende, no se limita al plano epistémico (en lo que respecta al cómo y al por qué de sus medios de vida), sino también a la dimensión personal, individualizada, emocional y vivencial de su pasado: la rabia con la que una madre recuerda su desencanto con su rol de joven esposa; la belleza de la música cantada como evento notable y reservado a una categoría social de mujer; las diversas situaciones de

desconocimiento, desinterés o curiosidad hacia los nuevos paradigmas tecnológicos; la caza de animales como formas de diversión y ocio... Todas estas situaciones resuenan con muchas dimensiones de la vida actual, tanto por sus similitudes y cercanías como por sus diferencias, y logran dotarla de una gran textura. Feminismo, cultura, entretenimiento, ecologismo, aceleracionismo: este diálogo con un pasado que aún es presente nos sorprende y plantea nuevas preguntas y distintas soluciones a las que estamos acostumbrados al tratar estos temas.

Por ejemplo, en lo que respecta a la dimensión ecológica, el crecimiento del entorno silvestre, ajeno a la presencia antrópica, no es un beneficio indiscutible. La postura popular en torno a lo nocivo que es el ser humano como especie en el medio («nosotros somos el virus») es heredera de concepciones ilustradas burguesas de lo humano como distinto y opuesto a lo natural. Desde esta postura, nuestra desaparición sólo puede llevar a un florecimiento de la naturaleza y una pronta solución de los malestares ecológicos. Sin embargo, concepciones indígenas y tradicionales, separadas de esta tradición, a menudo reconocen que las personas afectan al medio tanto como cualquier especie, y desde siempre desempeñan en él funciones necesarias para su reproducción. Con esta perspectiva, la propagación de bosque y matorral o el abandono del monte puede entenderse como un evento de desestabilización, de extinción de algunas especies y de proliferación de las condiciones de incendios funestos. En resumen, nuestra ausencia en un ecosistema supone un cambio de paradigma ecológico y no puede tomarse como algo positivo *a priori*.

Debemos reconocer tanto el valor intrínseco como la utilidad desde un punto de vista humano y filosófico que tienen los recuerdos de nuestros mayores, viendo los ecos de las realidades tradicionales, indígenas a nuestra tierra, que perviven en la actualidad. Sólo a través de la narración de las experiencias situadas, reales, de estas personas podemos sentir el contraste entre el entonces y el ahora, evidenciando la maleabilidad de lo real: conocer el cambio inspira al cambio.

Bibliografía

García Martínez, A. (2020). Etnografía de la pala del pan: de la casa asturiana a la dualidad del patrimonio tangible-intangible. *Perifèria: revista de recerca i formació en antropologia*, 25(1), 0184-212.

García Martínez, A. (2022). Algunas claves para comprender el declive de los pueblos y del campo en Asturias. *Anuario de la Sociedad Protectora de la Balesquida*, (7), 119-172.